

El antijudaísmo de raigambre religiosa cristiana.

Moradiellos, Enrique. La Semilla de la barbarie. Antisemitismo y holocausto. Edit. Península. Barcelona 2009. Pags. 140, 141.

La animosidad antijudía del mundo clásico de la Antigüedad constituyó un sustrato fértil que nutrió y abasteció (transformándose en el proceso) la creciente judeofobia de la Iglesia Cristiana a partir del siglo I de nuestra era y prácticamente hasta bien avanzada la época contemporánea. Es un fenómeno comprensible y explicable: la Iglesia es hija de la Sinagoga y está unida a ella por lazos históricos y teológicos tan indisolubles como problemáticos. No en vano, el cristianismo surgió inicialmente como una secta del judaísmo: sus primeros protagonistas eran judíos (empezando por Jesucristo, la Virgen y San José), al igual que sus primeros seguidores (los doce apóstoles) y sus primeros lugares de predicación y culto (el Templo de Jerusalén, las sinagogas y la tierra de Israel). Sin embargo, esa genealogía no fue motivo de fraternidad porque la Iglesia de Cristo quedó irremediabilmente enfrentada a la religión judía desde el principio y sin posibilidad de enmienda.

El núcleo de ese enfrentamiento acerbo y crucial era la naturaleza, divina o humana, del propio Jesús de Nazareth, el eje teológico de la cristología (siendo *Khristos* la traducción griega del hebreo *Mashiaj*, el Mesías, el ungido de Dios). Para los cristianos, era evidente e innegable que Jesús era “el Cristo”, el Mesías, el Hijo de Dios hecho carne, cuyo sacrificio y muerte en la cruz había cerrado la Antigua Alianza y había dado comienzo a la universalización del mensaje salvífico con la Iglesia como agente sucesor y transmisor. Para los judíos que permanecieron en la ortodoxia, esa doctrina era una burda herejía contraria a la tradición mosaica y Jesús de Nazareth era un mero impostor y falsario, no el Mesías prometido por Yavé que habría de llegar para salvar al mundo al final de los tiempos. La incompatibilidad doctrinal era, pues, total y la conexión genealógica entre ambas religiones sólo acentuaba sus diferencias. Para los cristianos, auto-concebidos como herederos de la tradición judía y de sus Sagradas Escrituras, la negativa a reconocer al Mesías y la Nueva Alianza era tan desconcertante como incomprensible excepto por razones de maldad casi diabólica. Para los judíos, apegados a su tradición inmemorial, la nueva herejía quebraba los tres preceptos de su fe sin motivo ni razón alguna: las leyes bíblicas, la visión de un único Dios trascendente e incorpóreo y la espera en el Mesías al final de los tiempos. En ese contexto, la lucha entre la Iglesia y la Sinagoga adquirió el dramatismo fratricida de una secta rebelde que emergía de la matriz del judaísmo para definirse a sí misma frente y contra la religión materna de la que abjuraba.